UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

La persuasión y la convicción como mecanismos de poder en Foucualt.

PROFESOR: Cristóbal Holzapfel.
ASIGNATURA: Argumentación y realidad. Tratado de Argumentación en Perelman.
ALUMNO: Juan Carlos Henríquez Paredes.
PROGRAMA: Doctorado en Filosofía moral.

I

La finalidad de la retórica tiene claramente una intención comunicativa que se manifiesta en el acto de persuadir y convencer. La retórica, como disciplina, alude al arte del bien decir, de otorgar al lenguaje escrito o hablado una cierta eficacia suficiente para deleitar, persuadir o conmover. Es un recurso para influir ante un auditorio mediante actos discursivos. En sus orígenes fue fundada por los sofistas, y nace como un mecanismo de defensa para entablar un proceso ante un tribunal. Se aprecia que mediante un discurso se pueda dar la vuelta a otro discurso. En tal contexto las palabras poseen poder y permiten que los significados cambien y se contra argumente a partir de lo existente.

En la retórica se hace referencia a un saber sobre asuntos comunes aplicables a cualquier ciencia, por ende, un emisor puede abordar de manera espontánea usando los medios adecuados para afectar la forma de razonar del interlocutor, sin necesidad de tener un conocimiento profundo sobre ese arte. Para Aristóteles la retórica era una suerte de facultad de considerar en cada caso lo que puede resultar convincente. Sus recursos no son demostraciones precisas, sino que aluden a lo factible y buscan la manera de influir en la decisión del oyente mediante argumentos.

La retórica siempre se ha preocupado por estructurar modelos que han servido como punto de referencia en su composición. Al argumentar se plantea la posibilidad de convencer o persuadir al interlocutor, pero en Aristóteles el objeto propio de la retórica no es necesariamente persuadir, sino ver en cada caso aquello que es apto para persuadir. En este punto cobran importancia los mecanismos basados en el contexto a los que recurre un orador que desea que su auditorio ejecute una acción, de acuerdo a sus intereses. En tal contexto es Perelman el encargado de recuperar lo establecido por Aristóteles y reconstruir una disciplina que se fue fraccionando en el Medioevo. Nuestro autor reconstruye lo pensado por el filósofo griego y le otorga un pragmatismo fundamental al discurso cuya finalidad es la adhesión y la acción del interlocutor. De esta manera se amplía la perspectiva aristotélica y la importancia que tiene la retórica en relación con los actos discursivos en los diversos ámbitos del quehacer humano. De esta manera la retórica

de Perelman aborda los discursos dirigidos a toda clase de auditorios y examina los argumentos que uno se dirige a sí mismo y cubre todo el campo del discurso encaminado a persuadir y convencer.

Todo acto comunicativo que tenga como finalidad hacer reaccionar a un interlocutor, requiere de una relación unívoca que permite el intercambio de ideas cuando se trata de persuadir o convencer. El fin de una argumentación es producir o acrecentar la adhesión de un auditorio a una determinada tesis. Tanto persuadir como convencer son propósitos específicos de quienes sustentan una tesis, la cual interfiere tanto en su racionalidad como en su actuación. Por tanto, un argumento no tiene como fin solamente la adhesión puramente intelectual, sino que busca incitar a la acción con métodos adecuados que den forma al discurso y a su finalidad. La persuasión requiere una relación dialógica que posibilita la interacción de argumentos con el propósito de derivar nuevas actitudes. La convicción, en cambio, se genera en el propio sujeto, y es un proceso ligado a la reflexión, a través de un monólogo, como acto íntimo que involucra su razonamiento lo cual fundamenta sus propias creencias.

Este contraste es uno de los elementos centrales que se pueden encontrar en el texto de Perelman, y que al mismo tiempo sirve como punto de partida para sostener un vínculo con Foucault, en lo referente al poder que adquieren los discursos en la influencia hacia las personas, y su capacidad de exclusión que se desprende de ellos, y toda una suerte de conceptualización referida a la moral y al poder, es precisamente la distinción que Perelman realiza entre lo que es la persuasión y la convicción. Este binomio pone de manifiesto el hecho de que la objetividad corresponde a la búsqueda de un ideal. Al deseo de trascender las particularidades históricas o locales de forma que todos acepten las tesis defendiéndolas.

La distinción entre estas dos nociones se produce entre los partidarios de la verdad y los de la opinión, entre pensadores, buscadores de lo absoluto y retóricos comprometidos con la acción. Perelman sostiene que para aquel que se preocupa por el resultado, persuadir es más que convencer, al ser la convicción sólo la primera fase que induce a la acción. De cualquier modo, tanto la persuasión como la convicción son argumentos que se unen, lo cual es sostenido por Rousseau quien sostiene que no sirve de nada convencer a un niño, si no se es capaz de persuadirlo. Para quien está preocupado del

carácter racional de la adhesión, convencer es más que persuadir. El carácter racional de la convicción tenderá en ocasiones hacia los medios utilizados y otras hacia las facultades a las que se dirige. Los criterios por los cuales se cree que es posible separar la convicción y la persuasión, están basados en la pretensión de separar de un conjunto de elementos ligados a determinadas facultades, de otro conjunto de elementos denominados racionales. Esta discordancia marca la separación tajante entre un concepto y otro. Puesto que tal separación apunta a distinguir aquellas nociones que provienen desde la sensibilidad y de la experiencia, a diferencia de otros que provienen de la razón.

Desde el lenguaje, las nociones de convencer y de persuadir poseen un matiz comprensible, en tanto que la argumentación persuasiva solamente pretende servir para un auditorio particular, en cambio lo convincente apunta a la que se supone que obtiene la adhesión de todo ente de razón. Para Kant, estos dos conceptos se constituyen como dos tipos de juicios frente a lo real. En este contexto afirma que cuando un juicio es válido, lo es para todo ser que posea razón, cuando su fundamento es objetivamente suficiente y, en este caso, el tener algo por verdadero se denomina convicción. En tal sentido, un juicio resulta persuasivo si se basa en la índole especial del sujeto, es decir, cuando la extensión del fundamento no es de alcance universal y se remite únicamente a los rasgos subjetivos y psicológicos de un sujeto en particular.

Para Kant la persuasión es una apariencia, puesto que al ser un juicio que carece de universalidad, su fundamento se encuentra únicamente en el sujeto, y el alcance de ese juicio es tomado como objetivo. La validez de la persuasión es privada, y su tener por verdadero resulta incomunicable. No es posible distinguir la persuasión de la convicción en términos subjetivos, cuando el sujeto considera el tener por verdadero un sencillo fenómeno de su propio psiquismo. Por tanto aquellos juicios llamados persuasivos no pueden pretender universalidad, puesto que no puedo otorgarle validez fuera de mi propia vida.

Cabe señalar que la concepción kantiana de lo que es la convicción y la persuasión se opone a la pensada por Perelman, puesto que Kant hace de la oposición objetivo – subjetivo el criterio de distinción entre la persuasión y la convicción, para él lo racional es lo que podemos llamar juicios por convicción, al ser de carácter racional, por ende, su alcance es universal, dice Kant, “si la convicción está fundada en la verdad de su

objeto, y por consiguiente, es válida para todo ser racional, puede probarse por sí sola, puesto que la persuasión tiene un alcance individual"[1]. Kant solamente admite la prueba únicamente lógica ya que la argumentación estaría excluida de la filosofía. La retórica que piensa Perelman apunta a una argumentación dirigida y relacionada con los auditorios particulares. En su campo de elección, a partir del momento en que se acepta que existen otros medios de prueba distintos de la necesaria, la argumentación dirigida a un auditorio particular tiene un alcance que sobrepasa lo subjetivo. Esta distinción entre la persuasión y la convicción, da cuenta indirectamente del vínculo que a menudo se establece entre la persuasión y la acción, como al mismo tiempo entre la convicción y la inteligencia. El carácter intemporal de ciertos auditorios explica que los argumentos que le presentan no constituyan en absoluto una llamada o un exhorto a la acción. Al sostener esta distinción fundada en los rasgos del auditorio se puede apreciar en la medida en que el oyente piensa en la transferencia a otros auditorios de los argumentos que le presentan y se preocupa por la acogida que le estaría reservada. Pero es preciso señalar que esta separación que se plantea posee, al mismo tiempo, un carácter impreciso el cual en la práctica se suprime, puesto que es la propia inteligencia versus lo racional, como el binomio de la razón en conjunto con lo irracional, lo que se constituye normalmente como los límites precisos entre un concepto y otro.

Al pensar este vínculo desde el punto de vista del auditorio, esto resulta confuso, porque depende de la imagen que el orador posea del auditorio. A la naturaleza del auditorio al que pueden someterse con éxito los argumentos, lo que determina, no sólo el tono que adoptarán las argumentaciones sino también el carácter y el alcance que se les atribuirá.

En tal contexto Perelman sostiene tres tipos de auditorios. El auditorio universal el cual está constituido por toda la humanidad. El interlocutor, que se refiere a quien nos dirigimos en un diálogo, y finalmente el propio sujeto, que se torna en auditorio cuando se produce la introspección.

---

[1] Charles Perelman. Obra citada, página 68.

II

Esta contraposición entre persuadir y convencer, sirve como punto de partida para la manera en la cual Foucault entiende los mecanismos del discurso. Puesto que tanto persuadir como convencer implica una influencia sobre un tercero, un cambio de rumbo en la dirección que tienen sus argumentos y sus concepciones de mundo, lo cual conlleva un ejercicio de poder. Sea a través de elementos psicológicos, como en el caso de la persuasión, como apelando a recursos racionales, en el caso de la convicción, el discurso ejerce un acto de poder sobre un individuo, lo que implica desde un punto de vista dilatado, que es el discurso quien impone realidades psicológicas y culturales a los individuos como a las sociedades. Las verdades históricas se plantean y se legitiman por medio del discurso, los paradigmas se legitiman a través del discurso y la propia moral impone sus verdades a través de conceptos transmitidos mediante el discurso. Por tanto, una de las aristas que Perelman no menciona a partir del binomio convicción y persuasión, es aquella que hace referencia al poder. Porque finalmente el acto del lenguajear, el acto de elaborar un discurso es un acto de poder.

En un texto titulado El orden del discurso Michel Foucault sostiene que en toda sociedad la producción del discurso está controlada por un determinado número de procedimientos, cuya función es conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad. De esta manera la función del discurso es una expresión de poder que es ejercida mediante un mecanismo de exclusión. Los cuales por lo general giran en torno a la sexualidad y a la política, tales mecanismos Foucault los identifica con el tabú del objeto, el ritual de la circunstancia, el derecho exclusivo o el privilegio de aquel que habla. En general las prohibiciones que recaen sobre el discurso revelan su vinculación con el deseo y el poder. El discurso no es sólo lo que se muestra o manifiesta el deseo, sino también lo que es el objeto del deseo. El discurso no solamente es aquello que traduce las luchas o sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse.

Otro principio de exclusión que Foucault establece a partir del discurso es la separación, que lógicamente implica un rechazo, entre razón y locura. Porque el loco, dice Foucault, es aquel cuyo discurso no puede circular, como el de los otros, su palabra es considerada nula y sin valor. Al mismo tiempo se le confieren extraños poderes, como decir una verdad oculta, predecir el porvenir, poseer una suerte de sabiduría ingenua. Tal separación, lejos de borrarse, actúa de otra manera de acuerdo a líneas diferentes, a través de nuevas instituciones y con efectos que no son los mismos. Otra oposición es la relacionada con los conceptos de Verdadero y Falso, que es una posible tercera forma de exclusión; Foucault sostiene que esa separación no suele ser arbitraria, pero al ser institucional y ejercida sobre un tercero, suele ser violenta.

Lo relevante de lo planteado por Foucault es señalar que la exclusión es una suerte de parámetro en el cual se mide al portador de la verdad, la cual es expresada en lo contingente, en las cosas, en el contexto de lo real, no en el discurso como expresión formal. Pero la verdad que se constituye a partir de tal exclusión es expresada a través del discurso, de ahí la importancia que Foucault le asigna como mecanismo de exclusión y de legitimación de verdades, puesto que el discurso, en la óptica de este pensador sería una expresión de poder.

De acuerdo a esto Foucault plantea que esa separación ha estado constituida a lo largo de la historia, un ejemplo que el autor cita en su conferencia, establece que para los poetas del siglo VI el discurso verdadero era aquel pronunciado por quien tenía el derecho y según el ritual requerido. Asimismo el discurso decidía la justicia y daba a cada uno su parte, profetizaba el porvenir y lograba la adhesión de los hombres. En definitiva, el discurso al ser un ritual, era la expresión de la verdad en sí misma.

Con posterioridad la verdad se desplazó del acto ritualizado hacia el enunciado mismo, por esta razón se disocia el discurso verdadero con el falso, por tanto cambia su sentido, su forma, su objeto, su relación con su referencia. Este momento relevante se origina con lo que Foucault denomina la voluntad de verdad. Este otro momento del discurso ahora se encuentra apoyado en un soporte institucional que se refuerza con una serie de prácticas tanto pedagógicas, con un sistema de libros, de bibliotecas, de edición, y sociedades. Esta práctica ejerce sobre los otros discursos una especie de presión y como un poder de coacción.

Este sistema de exclusión, basado en la palabra prohibida, en la separación de la locura y en la voluntad de verdad, se constituye como el fundamento del discurso válido, y este fundamento se refuerza y se vuelve cada vez más insoslayable. Foucault concibe esta facultad de verdad como una prodigiosa maquinaria destinada a excluir todos aquellos que han intentado soslayar esa voluntad y enfrentarla contra la verdad allí donde la verdad se propine justificar lo prohibido. Esta voluntad se ejerce de acuerdo a determinados procedimientos internos en el control de los discursos, en los cuales ejercen su propio autocontrol. En cada sociedad existe una suerte de nivelación entre los discursos, los que se dicen y desaparecen en el acto mismo, y los discursos que están en el origen de un cierto número de actos nuevos de palabras. Tales discursos son dichos, permanecen dichos y están aún por decir. Tal nivelación se lleva a cabo, precisamente a través del comentario, el cual suple el desfase entre un texto y otro, el comentario debe decir lo que y ha sido dicho en el texto, puesto que construye nuevos discursos al ser un texto reactualizable, lo cual viene dado por el mismo texto, porque el múltiple sentido del autor abre una posibilidad manifiesta para hablar.

Finalmente el comentario conserva el azar del discurso al tenerlo en cuenta, permite decir una cosa aparte del texto mismo. Con la condición de que sea ese mismo texto el que se diga y, en cierta forma, el que se realice.

Otra manera de establecer un control sobre un discurso es a través de una disciplina. La cual es pensada por Foucault como una suerte de ámbito de objetos, un conjunto de métodos o, en su defecto, un cuerpo de proposiciones verdaderas, en la cual se puede apreciar un juego de reglas, definiciones, técnicas e instrumentos. Para que una disciplina exista es necesario que haya posibilidades de formular indefinidamente nuevas proposiciones.

Lo que en cierto modo corrobora la validez de una disciplina es que, por definición, es un sistema anónimo que se encuentra a disposición de quien quiera, sin que su sentido o su validez esté ligada a aquel que se ha concentrado por ser su inventor. Cada disciplina está construida tanto sobre errores como de verdades, cuyos errores ejercen funciones positivas y tienen una eficacia histórica y un papel frecuentemente inseparable de las verdades. Una disciplina debe responder a condiciones en un sentido más estrictas y más complejas que la pura y simple verdad. Puesto que debe dirigirse a un plan de objetos.

Foucault menciona que para pertenecer a una disciplina, una proposición debe inscribirse en un horizonte teórico. Debe cumplir con exigencias y una de ellas es que debe estar en la verdad, es decir, que debe poseer una correspondencia con los hechos. Foucault afirma que se puede decir la verdad siempre que se diga en el espacio de una exterioridad salvaje, pero se está en ella obedeciendo a determinadas reglas discursivas que se deben reactivar en cada uno de sus discursos. Es importante señalar que la disciplina es un principio de control de la producción del discurso, puesto que fija sus límites por el juego de una identidad que tiene la forma de una reactualización permanente de las reglas.

Todo procedimiento de control de un discurso establece un sistema de restricción, el cual orienta el sentido de cada proposición, un ejemplo grafico de aquello es el ritual, que para Foucault define la cualificación que deben poseer los sujetos que hablan. Cada ritual define los gestos, comportamientos, circunstancias y todo el conjunto de signos que deben acompañar al discurso. El ritual para Foucault fija la eficacia de las palabras y su efecto sobre aquellos a los cuales se dirigen, los límites de su valor coactivo.

Esto se puede apreciar en los discursos religiosos, judiciales, los cuales son apenas disociables de esa puesta en escena de un ritual que determina a la vez para los sujetos que hablan, las propiedades singulares y los papeles convencionales.

Otro mecanismo eficaz en el control de los discursos, y que utiliza los elementos tanto de la convicción como de la persuasión es precisamente la doctrina. La cual tiende a la difusión por la aprehensión en común de un solo y único conjunto de discursos como individuos, tan numerosos como se quiera imaginar, los cuales definen una dependencia recíproca. La condición que existe en cada doctrina es que se reconozcan las mismas verdades y la aceptación de una cierta regla de conformidad con los discursos válidos. Dicho control se pone de manifiesto en la dependencia doctrinal que al mismo tiempo denuncia el enunciado y el sujeto que habla, y el uno a través del otro. En este contexto el sujeto que habla es interpelado a través del enunciado, como lo prueban los procedimientos de exclusión, y los mecanismos de rechazo que se producen cuando el sujeto que habla ha formulado uno o varios enunciados inadmisibles. En tal contexto la herejía y la ortodoxia no responden a una exageración fanática de los mecanismos doctrinales, sino que los incumben en sus fundamentos. En tal contexto la doctrina, cumple una doble función, por un lado une a los sujetos, permite un tipo de enunciación y

consecuentemente les prohíbe cualquier otro. Pero se sirve de ciertos tipos de enunciados para vincular a determinados sujetos entre ellos y diferenciarlos de los restantes. Por otro lado establece una doble sumisión, la de los sujetos que hablan a los discursos, y la de los discursos al grupo, cuando menos virtual de los sujetos que hablan.

Con respecto a la educación, esta sigue, en su distribución, las líneas que le vienen marcadas por las distancias, las oposiciones y las luchas sociales. Todo sistema de educación, plantea Foucault, es una forma política de mantener o de modificar la adecuación de los discursos con los poderes y los saberes que implican.

Es una ritualización del habla; sino una cualificación y una fijación de las funciones para los sujetos que hablan; sino la constitución de un grupo doctrinal, una distribución y una adecuación del discurso con sus poderes y saberes.

Por otra parte la filosofía, establece ciertos temas que surgen para responder a este juego de limitación y de exclusión. Proporciona, al mismo tiempo, una verdad ideal como ley del discurso y una racionalidad inmanente como principio de su desarrollo. Esta disciplina establece una ética del conocimiento que no promete la verdad más que al deseo de la verdad misma y al solo poder pensarla.

El pensamiento occidental ha velado para que en el discurso exista el menos espacio posible entre el pensamiento y el habla. Ha velado para que el discurso aparezca únicamente como una cierta aportación entre pensar y hablar. Que conlleva un pensamiento revestido de sus signos y hecho visible por las palabras. De lo cual resultarían las mismas estructuras de la lengua utilizadas y produciendo un efecto de sentido.

El sujeto que es capaz de fundar un discurso anima directamente con sus objeticos las formas vacías del lenguaje. En tal contexto recupera en la intuición el sentido que allí se encontraba depositado, es él quien funda horizontes de significaciones que la historia no tenía más que explicitar, y en los que las proposiciones, las ciencias, los conjuntos deductivos encontrarían su fundamento; de esta manera, aquel sujeto fundador, al establecer un horizonte de sentido, impone un patrón mental, una suerte de paradigma que busca constituirse y establecerse en el tiempo. El sujeto fundador dispone de signos, de marcas, indicios, pero no necesariamente existe la necesidad de manifestarlas, de pasar por la instancia singular del discurso. De este modo al fundar un discurso, se funda igualmente un sentido que le entrega coherencia a los fenómenos. Todas las significaciones previas

recorrían el mundo, lo disponían alrededor nuestro y daban acceso a una especie de primitivo reconocimiento, de esta manera la primera complicidad con el mundo fundamentaría la posibilidad de hablar de él, en él, designarlo, y conocerlo en la forma de la verdad.

Al existir un discurso, al constituirse en su legitimidad ya es una lectura de un fenómeno determinado, y en tal contexto las cosas murmuran o expresan un sentido que nuestro lenguaje no tiene más que hacer notar.

Foucault sostiene que a primera vista "al encontrar nuevamente, por todas partes el movimiento de un logos que eleva las singularidades hasta el concepto y que permite a la conciencia inmediata desplegar finalmente toda la racionalidad del mundo, es el discurso mismo lo que se coloca en el centro de la especulación. Pero este logos, a decir verdad, no es en realidad más que un discurso ya tenido (…) el discurso no es apenas más que la reverberación de una verdad naciendo ante sus propios ojos; y cuando todo puede finalmente tomar la forma del discurso, cuando todo puede decirse y cuando se puede decir el discurso a propósito de todo, es porque todas las cosas, habiendo manifestado e intercambiado sus sentido, pueden volverse a la interioridad silenciosa de la conciencia de sí. El discurso no es nada más que un juego, de escritura en el primer caso, de lectura en el segundo, de intercambio en el tercero; y ese intercambio, esa lectura, esa escritura no ponen nunca nada más en juego que los signos. El discurso se anula así, en su realidad, situándose en el orden del significante".[2]

Foucault sostiene que en nuestra civilización existe una suerte de veneración a todo tipo de discurso, esa veneración es lo que hace posible que el poder se ejerza a través de él, y al mismo tiempo afirma que detrás de esa especie de logofilia se puede evidenciar un cierto tipo de temor que se ponen de manifiesto en el hecho de que existen prohibiciones, barreras, y límites que se disponen de modo que así se controla la proliferación del discurso, de modo tal que su riqueza se aligera de su parte más peligrosa y que su desorden se organice de acuerdo a nuevas figuras que esquivan lo más incontrolable. La tarea que Foucault se plantea para trascender esa clase de temores que inspira y que impone el discurso, es precisamente pensar ese temor a partir del propio discurso, lo que conlleva a reducir el análisis que se haga de él a tres ámbitos, el primero de ellos es poner

[2] Michel Foucault. El orden del discurso. Páginas 41-42. Traducción de Alberto González Troyano. Tusquets Editores, Buenos Aires. Argentina. 1970.

en duda la voluntad de verdad, restituir al discurso su carácter de acontecimiento y, finalmente, levantar la soberanía del significante.

Esta tarea implica una serie de exigencias que para Foucault son necesarias, tales como un principio de trastocamiento, que pone en duda el origen del discurso a partir de una tradición, y de figuras que a priori se piensan como positivas en la genealogía de un discurso, tales como el autor, la disciplina, la voluntad de verdad, por tanto es preciso reconocer el juego negativo y de cierto enrarecimiento que se pone en juego en el origen del discurso. Una vez que se señala este enrarecimiento, es preciso seguir un método que implica una serie de pasos para concebir el fenómeno del discurso. El primer principio que menciona Foucault es el de la discontinuidad, que nos remite al hecho que es erróneo pensar que existe una suerte de discurso ilimitado, continuo y silencioso, una especie de logos que sería el tronco fundante o la idea madre que vincula todos los discursos, como si fuera una realidad subyacente, al cual se debe aludir restituyéndole en el acto de habla. Al respecto el autor afirma "No es necesario imaginar, recorriendo el mundo y enlazando con todas sus formas y todos sus acontecimientos, algo no dicho o impensado, que se trataría de articular o de pensar finalmente. Los discursos deben ser tratados como prácticas discontinuas que se cruzan, a veces se yuxtaponen, pero que también se ignoran o se excluyen"[3].

El principio de especificidad plantea que en un discurso no existen significaciones previas, el discurso no devela realidades ocultas, no existe una especie de providencia discursiva que le predisponga a nuestro favor; es preciso concebir al discurso como una violencia que se le hace a las cosas, una práctica que se impone, no sin cierta violencia, donde los acontecimientos propios del discurso encuentran el principio de su regularidad. La regla de la exterioridad sostiene que no se debe ir del discurso hacia su núcleo interior y oculto, hacia el corazón de su pensamiento o de una posible significación que se manifestaría en él, sino que a partir del discurso se debe ir hacia sus condiciones externas de posibilidad, a lo que da motivo a la serie aleatoria de esos acontecimientos y que en cierto sentido fija sus límites.

[3] Michel Foucault. Obra citada, página 44.

Foucault afirma que cuatro nociones sirven de principio regulador en el análisis: el acontecimiento, la serie, la regularidad y la condición de posibilidad. Que se oponen respectivamente a la creación, a la regularidad, a la originalidad y a la significación. Estas últimas han dominado la historia tradicional de las ideas donde se buscaba el punto de creación, la unidad de la obra y en general, el tesoro indefinido de las significaciones dispersas.

La historia, de acuerdo a nuestro autor, no se aleja de los acontecimientos, sino que extiende su campo, descubre nuevas capas, aísla conjuntos nuevos. Pero no considera un acontecimiento sin definir la serie de la que forma parte, sin especificar la forma de análisis de la que depende, sin intentar conocer la regularidad de los fenómenos y los límites de probabilidad de su emergencia, en suma, sin querer determinar las condiciones de las que dependen. Las nociones que se imponen para llevar a cabo lo anterior son las del acontecimiento y de la serie, con el juego de nociones que les están relacionadas; regularidad, azar, discontinuidad, dependencia, transformación; por lo anterior es que el estudio de la historia, no se establece desde la historia como fenómeno, sino como desde el trabajo de los historiadores. Foucault se plantea qué tipo de estatuto es preciso utilizar a la noción de acontecimiento que no ha sido considerada por pensadores. En tal contexto el acontecimiento no pertenece al orden de los cuerpos, pero tampoco es inmaterial, es al nivel de la materialidad, tiene su sitio y consiste en la relación, la coexistencia, la dispersión, la intersección, la acumulación de elementos materiales. Los elementos discursivos deben tratarse de acuerdo a series homogéneas, pero discontinuas, con una relación entre ellas. Cesuras que rompen el instante y dispersan el sujeto en una pluralidad de posibles posiciones y funciones. Foucault sostiene que es preciso concebir entre esas series discontinuas de las relaciones que no son del orden de la sucesión en una conciencia. Es preciso elaborar una teoría de las sistematicidades discontinuas. Es preciso aceptar al azar como categoría en la producción de los acontecimientos. Así se experimenta la ausencia de una teoría que permita pensar en las relaciones del azar y del pensamiento. En ese desfase Foucault advierte la existencia de una maquinaria que permite introducir en la misma raíz del pensamiento el azar, el discontinuo y la materialidad. Peligros que una cierta forma de historia pretende conjurar refiriendo el desarrollo contínuo de una necesidad ideal.

De acuerdo a lo anterior, Foucault pone énfasis en ciertas aristas de lo que hemos venido planteando. En primer lugar un conjunto que denomina crítico, el cual muestra como se han modificado y desplazado, qué coacción han ejercido y las influencias que se desatan. El cual se centra en la exclusión que para Foucault se pone de manifiesto en la separación entre locura y separación propia de la época clásica, las prohibiciones que se patentan en torno al lenguaje especialmente en lo relativo a la sexualidad. Otro aspecto relevante en este mismo análisis es la separación referida a la noción de verdad, la cual de acuerdo a Foucault comienza con Sócrates. "quisiera intentar señalar cómo se hizo, pero también como se repitió, prorrogó, desplazó esa elección de la verdad en cuyo interior estamos prendidos pero que renovamos sin cesar; me situaré primeramente en la época de la sofística y de su comienzo con Sócrates o al menos con la filosofía platónica, para ver como el discurso eficaz, el discurso ritual, el discurso cargado de poderes y peligros se ordenaba poco a poco hacia una separación entre el discurso verdadero y el discurso falso"[4]. En tal escenario se puede precisar la relación estrecha que el autor ve entre el discurso y el poder, y la manera en la cual el discurso es una herramienta convincente de este último, que se lleva a cabo precisamente a partir de la convicción, puesto que tales discursos están estrechamente ligados a lo que se concibe como verdad. En ese sentido al establecerse ciertos poderes, como saberes oficiales, tales discursos que se desprenden de ellos son inmediatamente considerados como portadores de cierto tipo de verdad. El discurso es entendido en este contexto como una suerte de emblema que transmite la verdad oficial, la verdad no es ya lo que se corresponde a los hechos, lo que se puede contrastar con la experiencia, sino que es el resultado directo de un saber que lo transmite. Eso conlleva el peligro que ese discurso que representa cierto tipo de saberes, puede fácilmente convertirse en un dogma. "Me situaré después en los momentos decisivos de los siglos XVI y XVII, en la época en que aparece, en Inglaterra sobre todo, una ciencia de la vista, de la observación, de la atestiguación, una cierta filosofía natural inseparable sin duda de la instauración de nuevas estructuras políticas, inseparable también de la ideología religiosa: nueva forma, seguramente, de la voluntad de saber. Finalmente, el tercer punto de referencia será el comienzo del siglo XIX, con los grandes actos fundadores de la ciencia moderna, la formación de una sociedad industrial y la ideología positivista que la

[4] Michel Foucault. Obra citada, página 51.

acompaña. Tres cortes en la morfología, de nuestra voluntad de saber; tres etapas de nuestro filisteísmo”[5].

La forma natural del discurso integra determinadas condiciones y procedimientos de control, las cuales pueden tomar cuerpo en el interior de una formación discursiva: de esta manera toda tarea crítica que ponga en duda las instancias del control, debe analizar al mismo tiempo las regularidades discursivas a través de las cuales se forma; toda descripción genealógica debe tener en cuenta los límites que intervienen en las formaciones reales.

Foucault señala que todos esos peligros que son propios de la elaboración de un discurso, son elementos que deben tenerse en cuenta, puesto que contribuyen a su enrarecimiento. El mismo autor lo señala, “El análisis del discurso, así entendido no revela la universalidad de un sentido, saca a relucir el juego de la rareza impuesta con un poder fundamental de afirmación. Rareza y afirmación, rareza, finalmente, de la afirmación, y no generosidad continua del sentido, no monarquía del significante”[6].

En síntesis, podemos afirmar que el binomio planteado por Perelman, relacionado con la persuasión y la convicción, al pensarlo desde la óptica de Foucault, puede ser una suerte de mecanismo psicológico en el cual el discurso tiende a desarrollar sus expresiones de poder. Para Foucault el discurso es, en sí mismo, un acto de poder, en tal contexto, una vez que este último se establece como oficial, se desarrolla una maquinaria, que Foucault la concibe como una voluntad de verdad, para que tal discurso se perpetúe en el tiempo y de esta manera se plantea como paradigma, verdad oficial o cualesquiera expresión en la que se ponga de manifiesto el poder.

Lo interesante de este análisis es que Foucault sostiene que no existiría lo que se llama un horizonte teórico o (siguiendo a Taylor) una especie de horizonte de sentido, sino que todos esas concepciones obedecen a una construcción intelectual que se establece a partir del discurso, por ende no habrían verdades inmanentes en las cosas, ni en la existencia, lo que permite pensar, que si bien los discursos oponen una férrea resistencia

---

[5] Michel Foucault. Obra citada, página 51.

[6] Michel Foucault. Obra citada, página 57.

a quienes se le opongan, del mismo modo se puede dilatar este punto diciendo que tampoco existirían nociones morales previas al discurso, una suerte de orden moral del mundo, en palabras de Nietzsche, sino que todas esas concepciones, al remitirse únicamente al discurso, remiten finalmente al hombre, como una expresión de sus posibilidades y de su libertad.

BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA

1.- Charles Perelman. Tratado de argumentación. Traducción española de Julia Sevilla Muñoz. Biblioteca Románica hispánica.
Editorial Gredos, Madrid España.1989.

2.- Michel Foucault. El orden del discurso. Traducción de Alberto González Troyano.
Tusquets Editores. Buenos Aires, Argentina.1970.

3.- Aristóteles. Retórica. Clásicos de Grecia y Roma. Alianza Editorial. Madrid 2001.

4.- Norma Helena Torres Henrández. Zulma Yolima Velandia Pedraza.
De la antigua a la nueva retórica. Artículo como avance de la investigación titulada El ensayo como estrategia argumentativa. De la maestría en lingüística en la Uptc.